



MENSAJE DEL MTRO. ITZCÓATL TONATIUH BRAVO PADILLA EN LA CEREMONIA DEL TRASLADO DE LOS RESTOS MORTALES DE JUAN JOSÉ ARREOLA A LA ROTONDA DE LOS JALISCIENSES ILUSTRES.

Rotonda de los Jaliscienses Ilustres
Guadalajara, Jalisco a 21 de septiembre de 2015

Señor Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco, **Jorge Aristóteles Sandoval;**

Estimados hijos de **Juan José Arreola: Orso, Claudia Berenice y Fuensanta;**

Distinguidos familiares que nos acompañan;

Señor Diputado Presidente del Congreso del Estado, **Juan Manuel Alatorre Franco;**

Magistrado Presidente del Supremo Tribunal de Justicia, **Luis Carlos Vega Pámanes;**

Señor Comandante de la Quinta Región Militar, General de División, **Miguel Gustavo González Cruz;**

Distinguidos miembros del presídium;

Señores ex gobernadores de Jalisco;

Señores Vicerrector Ejecutivo y Secretario General;

Estimadas y estimados miembros del Consejo de Rectores;



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
RECTORÍA GENERAL

Distinguido Director de la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco Juan José Arreola;

Distinguidos universitarios;

Señoras y señores:

La Rotonda de los Jaliscienses Ilustres recibe hoy los restos mortales de **Juan José Arreola**, en el nonagésimo séptimo aniversario de su natalicio.

En nombre de la Universidad de Guadalajara, expreso un reconocimiento a los integrantes de la Sexagésima Legislatura del Congreso del Estado, al honrar al escritor zapotlense con el título de Benemérito en Grado Ilustre del Estado de Jalisco y acordar el traslado de sus restos mortales a este espacio dedicado a distinguidos jaliscienses.

Mediante esta ceremonia se enaltece la memoria de un maestro de la palabra, en cuyos textos, como lo dijo **Octavio Paz**, “la prodigiosa pirotecnia verbal se alía a la mirada, a un tiempo imparcial e irónica, de un historiador de las costumbres y el alma”.

¿Quién mejor que el propio **Juan José Arreola** para describirse a sí mismo?

Lo cito en su obra *De Memoria y Olvido*:

Yo, señores, soy de Zapotlán el Grande. Un pueblo que de tan grande nos lo hicieron Ciudad Guzmán hace cien años. Pero nosotros seguimos siendo tan pueblo que todavía le decimos Zapotlán. Es un valle redondo de maíz, un circo de montañas sin más adorno que su buen temperamento, un cielo azul y una laguna que viene y se va como un delgado sueño. Desde mayo hasta diciembre, se ve la estatura pareja y creciente de las milpas. A veces le decimos Zapotlán de



Orozco porque allí nació José Clemente, el de los pinceles violentos. Como paisano suyo, siento que nací al pie de un volcán.

A propósito de volcanes, la orografía de mi pueblo incluye otras dos cumbres, además del pintor: el Nevado que se llama de Colima, aunque todo él está en tierra de Jalisco. Apagado, el hielo en el invierno lo decora. Pero el otro está vivo. En 1912 nos cubrió de cenizas y los viejos recuerdan con pavor esta leve experiencia pompeyana: se hizo la noche en pleno día y todos creyeron en el Juicio Final. Para no ir más lejos, el año pasado estuvimos asustados con brotes de lava, rugidos y fumarolas.

Atraídos por el fenómeno, los geólogos vinieron a saludarnos, nos tomaron la temperatura y el pulso, les invitamos una copa de ponche de granada y nos tranquilizaron en plan científico: esta bomba que tenemos bajo la almohada puede estallar tal vez hoy en la noche o un día cualquiera dentro de los próximos diez mil años.

*Yo soy el cuarto hijo de unos padres que tuvieron catorce y que viven todavía para contarlo, gracias a Dios. Como ustedes ven, no soy un niño consentido. **Arreolas** y **Zúñigas** disputan en mi alma como perros su antigua querella doméstica de incrédulos y devotos. Unos y otros parecen unirse allá muy lejos en común origen vascongado. Pero mestizos a buena hora, en sus venas circulan sin discordia las sangres que hicieron a México, junto con la de una monja francesa que les entró quién sabe por dónde. Hay historias de familia que más valía no contar porque mi apellido se pierde o se gana bíblicamente entre los sefarditas de España. Nadie sabe si **don Juan Abad**, mi bisabuelo, se puso el Arreola para borrar una última fama de converso (Abad, de abba, que es padre en arameo).*



No se preocupen, no voy a plantar aquí un árbol genealógico ni a tender la arteria que me traiga la sangre plebeya desde el copista del Cid, o el nombre de la espuria Torre de Quevedo. Pero hay nobleza en mi palabra. Palabra de honor. Procedo en línea recta de dos antiquísimos linajes: soy herrero por parte de madre y carpintero a título paterno. De allí mi pasión artesanal por el lenguaje.

[...]

*Como casi todos los niños, yo también fui a la escuela. No pude seguir en ella por razones que sí viene al caso pero que no puedo contar: mi infancia transcurrió en medio del caos provinciano de la Revolución Cristera. Cerradas las iglesias y los colegios religiosos, yo, sobrino de señores curas y de monjas escondidas, no debía ingresar a las aulas oficiales so pena de herejía. Mi padre, un hombre que siempre sabe hallarle salida a los callejones que no la tienen, en vez de enviarme a un seminario clandestino o a una escuela del gobierno, me puso sencillamente a trabajar. Y así, a los doce años de edad entré como aprendiz al taller de don **José María Silva**, maestro encuadernador, y luego a la imprenta del **Chepo Gutiérrez**. De allí nace el gran amor que tengo a los libros en cuanto objetos manuales. El otro, el amor a los textos, había nacido antes por obra de un maestro de primaria a quien rindo homenaje: gracias a **José Ernesto Aceves** supe que había poetas en el mundo, además de comerciantes, pequeños industriales y agricultores. Aquí debo una aclaración: mi padre, que sabe de todo, le ha hecho al comercio, a la industria y a la agricultura (siempre en pequeño) pero ha fracasado en todo: tiene alma de poeta.*

[...]



*Una última confesión melancólica. No he tenido tiempo de ejercer la literatura. Pero he dedicado todas las horas posibles para amarla. Amo el lenguaje por sobre todas las cosas y venero a los que mediante la palabra han manifestado el espíritu, desde **Isaías** a **Franz Kafka**. Desconfío de casi toda la literatura contemporánea.*

Vivo rodeado por sombras clásicas y benévolas que protegen mi sueño de escritor. Pero también por los jóvenes que harán la nueva literatura mexicana: en ellos delego la tarea que no he podido realizar. Para facilitarla, les cuento todos los días lo que aprendí en las pocas horas en que mi boca estuvo gobernada por el otro. Lo que oí, un solo instante, a través de la zarza ardiente.

Fin de la cita.

En la etapa que regresa el maestro **Arreola** de Francia, revisó, corrigió, sugirió modificaciones y editó, en el Fondo de Cultura Económica, algunos de los primeros trabajos de **Julio Cortázar**, **Carlos Fuentes**, **Elena Poniatowska**, **Emmanuel Carballo** y **Tomas Segovia**, entre otros muchos escritores cuyas obras, hoy en día, ocupan un lugar destacado en la literatura mexicana y son parte del acervo literario mundial.

Posteriormente fue coeditor de las revistas “El Vigía”, “Eos” y “Pan”, donde editó sus primeros trabajos.

Además de difundir los trabajos de jóvenes literatos, destacó por su papel docente y guía literario, a través de los talleres que dirigió y en los cuales se formaron diversas generaciones de escritores, como **Hugo Hiriart**, **Vicente Leñero**, **José de la Colina** o **José Emilio Pacheco**, entre otros.



De complexión menuda, ojos vivaces y cabello desaliñado, **Arreola** siempre se caracterizó por ser un esgrimista del lenguaje y un mago de la memoria. Descrito por sus contemporáneos como un ser poblado de palabras y forjado a través de las lecturas de los maestros literarios de su época.

La obra de **Arreola**, que ha sido traducida a varios idiomas, se caracteriza por transmitir la intensidad del lenguaje. Al respecto cito las palabras del crítico literario y maestro emérito de nuestra Casa de Estudio, **Emmanuel Carballo**:

“**Juan José** era el triunfo del verbo, el sustantivo y el adjetivo; el triunfo de lo preciso sobre lo confuso, de la forma sobre materia prima, del entusiasmo (algunas veces) sobre la sensatez”.

La relación del maestro **Arreola** con la Universidad de Guadalajara se distinguió por ser muy cercana. Impartió talleres sobre literatura y expresión oral en la Facultad de Filosofía y Letras, donde enseñó a los estudiantes el aprecio por la lectura en voz alta, así como a desarrollar el estilo propio y a recrear la palabra en múltiples formas.

En 1987, como reconocimiento por sus aportaciones al mundo literario, la Universidad de Guadalajara le dedicó la primera Feria Internacional del Libro.

De igual manera, el rector **Raúl Padilla López** lo invitó a dirigir la Biblioteca Pública del Estado en 1991, cuando ocupó este distinguido cargo hasta su fallecimiento en 2001.

En el marco de la Feria Internacional del Libro en 1992, se le otorgó el “Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo”, distinción



que acogió con gran cariño debido al recuerdo del escritor de “El llano en llamas”, con quien compartió una gran amistad.

Gracias a los trabajos de **Fernando del Paso** y de **Vicente Preciado Zacarías**, Doctor Honoris Causa el primero y ambos maestros eméritos, se han conservado las memorias de **Juan José Arreola** en sendos trabajos los cuales quedan para el estudio y conocimiento del legado literario del zapotlense.

El Consejo General Universitario aprobó, a partir del año 2001, que la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco llevara el nombre de **Juan José Arreola**, en un gran homenaje perenne y permanente al escritor de Zapotlán El Grande.

La comunidad universitaria reconoce a **Juan José Arreola** como un referente de las letras de nuestro país, así como a un hombre ávido por conocer distintas manifestaciones culturales y, sobre todo, por difundir el conocimiento a través de una tradición oral y la palabra escrita. Hoy, le rendimos este homenaje para la posteridad.

Termino mi intervención con unas palabras que pronunció él mismo cuando recibió el Premio Juan Rulfo, y que seguramente resonarán en esta Rotonda como su legado voluntario. Lo cito:

“Eso es el engrandecimiento a través de la lectura y vivimos [...] la más grande crisis que ha conocido la humanidad después de la invención de la imprenta. No es posible este abandono y es que se nos ha olvidado tentar el alma de los niños con la mejor de las tentaciones, la de ingresar a los reinos del espíritu por la puerta, a veces tan simple y tan fácil de abrir, de un libro



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

RECTORÍA GENERAL

[...]. Bueno, entonces yo sueño en aumentar un librito, un opúsculo, que no es libro. La palabra ‘educación’, enriqueciéndola, para no irme de este mundo sin devolver por lo menos una parte esencial del aprendizaje en el arte de la lectura”.

¡Muchas gracias!

Versión estenográfica

2015_09_21 Traslado de los restos de Juan José Arreola a la Rotonda de los Jaliscienses Ilustres